

# Chandler matrimonio a Marlowe

Fernando Curiel

*En un ejercicio de libre exploración de la biografía en relación con los impulsos creativos del artista, Fernando Curiel teje un ensayo en torno a la extraña decisión de Raymond Chandler, el notable autor estadounidense de novelas policiacas, de casar a su personaje paradigmático, el duro y sarcástico detective Philip Marlowe, en una novela que quedó inconclusa.*

*A Diana, mi hermana, quien gusta de estos experimentos  
A Héctor Orestes Aguilar*

1

Sin que la traviesa y atravesada vida los juntara, por ejemplo en Nueva York, Raymond Chandler (Illinois; 1888-1959) y Gabriel García Márquez (Aracataca; 1927-2014) coinciden, sin embargo, en un punto nodal. El escritor, el de raza, realiza actos de magia con el solo lenguaje. Chandler lo sostiene sin dubitaciones: escribir, sentencia, es crear “magia a base de palabras”. Respecto a García Márquez, Carlos Fuentes, en carta a Julio Cortázar, lo declara “mago iniciático de un exorcismo sin fin”. Sus espectadores, corrijo, lectores, latinoamericanos o planetarios, piensan exactamente lo mismo. Ignoro si sabían que a Thomas Mann su hija menor le llamaba “Mago”, y que así, Mago, firmaba las cartas filiales.

Palabras. *Words*.

Si la filología, en su prístina acepción, significa Amor a la Palabra (su cuidado y manejo artesanal incluidos,

se entiende), el norteamericano trufado de tics británicos y el colombiano fundador de Macondo deben reputarse filólogos ejemplares. Del inglés estadounidense, el primero; del español americano, el segundo.

2

Lo del posible encuentro en Nueva York no debe sonar descabellado. Por ejemplo, en 1955, Chandler, de 67, pasa una temporada neoyorkina en casa de un viejo amigo. A García Márquez, en su errar fuera del país natal, la vida bien pudo llevarlo en el 55 a Manhattan. Ya de 27 años. Si saludó, en su primera vuelta a París, a Hemingway (separados, es cierto, por la Rue Saint Michel), ¿por qué rayos no iba a toparse con Chandler en Washington Square, de claras resonancias *Henry James* para ambos magos de la palabra?



Raymond Chandler

3

Hacia 1945, Raymond confía a un colega que no lo mueven ni el dinero ni el prestigio; que su mayor aportación es la de “haber cogido un género literario barato, y haber sacado de él algo por lo que se despellejan los intelectuales”.

Gabriel, por su parte, quien, entre otras prestidigitaciones narrativas, revive un género archivado, la crónica, expresa su asombro de que, con sólo sus dedos índices, una máquina de escribir, papel (supongo, por la época, marca Bond) que consumía a puñados, y un número limitado de caracteres alfabéticos (tantas vocales, tantas consonantes) haya fundado toda una nación de lectores: “uno de los 20 países más poblados del mundo”. Verdadero virtuoso de la chistera.

4

Pero, a diferencia de Gabo, objeto de funerales de Estado, en México y en Colombia, Ray desaparece (sale del escenario) modesta, casi anónimamente; inadvertido repliegue de la capa. De otra parte, pese a ser uno de los maestros universales de la novela policial, que él, marcado por el enigma a resolver, llamada de Misterio, sufre de tiempo atrás la baja en picada de sus acciones en la Bolsa de Lectores. Sobre todo, si se le compara con el sanguinario y poderoso James Ellroy; o con P. D. James, aunque en su onda, dama dueña de una mente ferozmente criminal; o, en fin, con el “revival” de Ian Fleming. A García Márquez, por el con-

trario, y hasta aquí llega la compañía, los lectores le crecen como las verdolagas.

Por cierto, en lo que se refiere a Fleming alguien me pone sobre la pista de que Philip Marlowe, el detective de Chandler, pertenece a la Épica del Western; en tanto que James Bond pertenece a la Estética de la Pasarela, nueva aristotélica Unidad de Lugar.

Lo que no disculpa, anticipo, que el propio autor policiaco haya contribuido a la desgracia de su personaje. Y de la saga. Como, si en plena función, rompiera en dos la varita de los prodigios.

5

Me declaro chandleriano viejo. Incluso en una época, de bebedor fuerte, logré la preparación exacta del *gimlet*; bebida insignia de fórmula aparentemente sencilla: “mitad ginebra y mitad Roses’s Lime Juice”. Que no hay que confundir con el falso *gimlet*: ginebra, zumo de lima, azúcar, angostura.

Devoto soy, además, de no pocas de sus lapidarias pero sabias máximas y recetas literarias; género de cuyo pie (pie hasta en sentido de convención teatral) cojeo. Espero que airoso.

Breve selección:

- No creo que la educación me hubiera hecho mucho daño.
- Consigo material de muchas maneras, pero mi procedimiento favorito consiste en registrar los escritorios de otros autores por la noche.

- Pensar en términos de ideas destruye la capacidad de pensar en términos de emociones y sensaciones. Las ideas son veneno. Cuanto más razones, menos creas.

- Cuando un libro, cualquier clase de libro, alcanza una cierta intensidad puede ser cuestión de estilo, situación, caracterización, tono emocional, concepto, u otra docena de cosas. También puede consistir en el perfecto control del movimiento de una historia, similar al control que el lanzador tiene sobre la pelota.

Muy gringo, verdad es, esto último: el béisbol categoría kantiana. Aquí hablaríamos, por ejemplo, del penalti. Del control peleesco o mesiánico del balón. En la red antes del disparo. Como la pelota en el guante del catcher, antes del lanzamiento.

Galeote en Hollywood, no pierde la oportunidad de esculpir reflexiones sobre escritura e imagen, digamos, escritura icónica en movimiento.

- Empiezo a preguntarme si el carácter estático de muchas películas no se debe simplemente a una mala actuación, y no a un exceso de diálogos o a una dirección poco imaginativa.

- Posiblemente [...] la renovación del cine, si es que llega, tendrá que pasar por procesos como el de escribir directamente para la cámara. Lo que pierdes en acabado lo ganas en movimiento; y el movimiento es algo que le viene faltando al cine desde hace bastante tiempo. La del cine, precisa M. L. Guzmán, es una “estética inherente a la acción”.

## 6

La veta de oro por explorar es pródiga. Corre por cartas, cuentos, novelas; incluso por los decálogos a los que Chandler era tan aficionado. Una memorizable selección más:

- No se ha llegado a arañar la base psicológica de la inmensa popularidad que tiene la novela de crímenes o misterio en toda clase de públicos.

- Siempre conservo el primer borrador como la materia prima. Lo que parece tener vida en él es lo que se debe conservar.

- Lo más perdurable de la escritura es el estilo, y el estilo constituye la más valiosa inversión que pueda hacer un escritor con su tiempo [...] el escritor que pone su marca personal en su modo de escribir siempre acaba siendo rentable.

- Todo el que es capaz de escribir una página de prosa viva, añade algo a nuestras vidas.

- Típico de un mal escritor [...]. En vez de la cosa en sí, la emoción barata que la acompaña.

- Como clase, los escritores me parecen hipersensibles y espiritualmente mal nutridos. Odio ese pequeño destello en el fondo del ojo, que aguarda un elogio de su último libro o cuento.

También, ecuánime, se mete consigo mismo. Con salutífero humor sarcástico, más en la vena de Jonathan Swift que de Oscar Wilde, dice de sí y de su obra:

En el Colegio no demostré una habilidad literaria notable. Mi primer poema lo compuse a los diecinueve años, un domingo, en el baño, y se publicó en *Chamber's Journal*. Tengo la suerte de no poseer una copia. Para ser sincero, tenía condiciones para convertirme en un poeta de segunda fila bastante bueno, pero eso no significa nada, puesto que poseía la clase de cerebro capaz de ser un buen segundón en cualquier campo, y sin mucho esfuerzo.

¿Qué día de la semana más conveniente para el primer efluvio lírico? El domingo. ¿Qué lugar de mayor privacidad que el excusado?

Lo anterior lo escribió autor ya célebre pero sobre todas las cosas, leído. ¿Y eso de segundón? ¿Segundón respecto a quién? Supongo que pensaba, aquí sí en serio, en Dashiell Hammett, si nacido en 1894, seis años menor que Chandler; pero figura mayor, estelar, solar del género policial. El padre del detective Samuel “Sam” Spade. Ni más ni menos.

## 8

Pronto se acostumbró, Chandler, a la comparación, de buena y mala leche, con el autor de *El halcón maltés*. Hammettianos y chandlerianos en dicotomía muy mexicana —Fuentes o Spota—. Cuando lo que debería de privar es la perspectiva omnicomprendiva, la de la específica literatura nacional. No: comprométase, elija, partidice lo que no electoral. Y ya que traigo a colación la disyuntiva Fuentes o Spota, insisto en mi desaconsejado, inútil, pero basado en la realidad, *hubiera*. Otra hubiera sido la suerte de la novelística urbana contemporánea mexicana si salen a la luz, en andanada, *Ojerosa y pintada* de Agustín Yáñez, *Sol de otoño* de Rafael Solana, *Casi el paraíso* de Luis Spota y *La región más transparente* de Carlos Fuentes. Pero no: elección de una novela, postergación de las tres restantes. A esto le llamo Síndrome Tlatoani.

## 9

Por el contrario, el autor de *Adiós, muñeca* no se confundía. Sin demérito propio, ni demagogia, daba lo suyo a la pareja sentimental, ambos legendarios, de Lillian Hellman. Reconoce: prelación y sucesión. Hammett,

precisa, es el creador del “relato policiaco duro”; punto incuestionable. Pero toda vez que Dash dejó de publicar desde 1932, un año antes de que Chandler apenas diera a luz su primer relato, “Los chantajistas no matan”, terminó por ser “escogido por cierta gente como principal representante de la escuela”.

Y nos regala, con todo y las irreverencias del humor, una anécdota que pinta a Hammett de cuerpo entero. Si de la novela y el cuento duros pasó al guionismo cinematográfico, por cuestiones de personalidad se convirtió en uno de los que no podían estar en la cima solar de Hollywood, “sin intentar desplazar a Dios de su trono”. Por el contrario, Ray, cuando se injerte en Hollywood, se integrará a las filas de fieles.

Más. La escuela de Hammett no fue la londinense y exclusiva Dulwich, como en Chandler (ya nos detendremos en su biografía), sino el servicio de recaderos del Ferrocarril de Baltimore y, más adelante, la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton (la que contratarán Porfirio Díaz y sus sucesores revolucionarios para perseguir, tras la raya fronteriza norte, a sus enemigos políticos).

10

*La anécdota.* Hammett vive su gran momento hollywoodense. Ocupa toda una suite en el Hotel Beverly-Wilshire. Se presenta un individuo con una oferta de trabajo. Recíbelo el mayordomo, que lo conduce, ceremonioso, mudo, a una habitación asfixiante. Morosa espera. Cuando decide largarse, se abre la puerta y aparece, en el vano, un hombre alto, elegante, enfundado en una bata y con una bufanda al cuello, a cual más de costosas. Hammett. Escucha, imperturbable. Dice “No” y desaparece. El mayordomo conduce al visitante, que no oculta su desconcierto, a la puerta de salida.

11

Aunque lo que me desvela no son las venturas y desventuras de Dash y Ray en la variopinta Meca del Cine. Si bien comparto la opinión que, al último le merece un Dios de aquel Olimpo: Bogart. Escribe, admirativo pero hondo, Chandler: “Bogart es, por supuesto, mucho mejor que cualquier otro actor de los ‘duros’. Como decimos por aquí, Bogart puede ser duro sin pistola [...] Bogart es el producto auténtico”. Y añade que, para dominar una escena, a Bogart le bastaba “entrar en ella”. Lo mismo hubiera opinado, de darse la ocasión, de nuestra María Félix, de nuestro Pedro Armendáriz. Les bastaba entrar en escena.

No, lo que me desvela son las razones y circunstancias del yugo conyugal (*raison d'être*, lo reconozco, de la

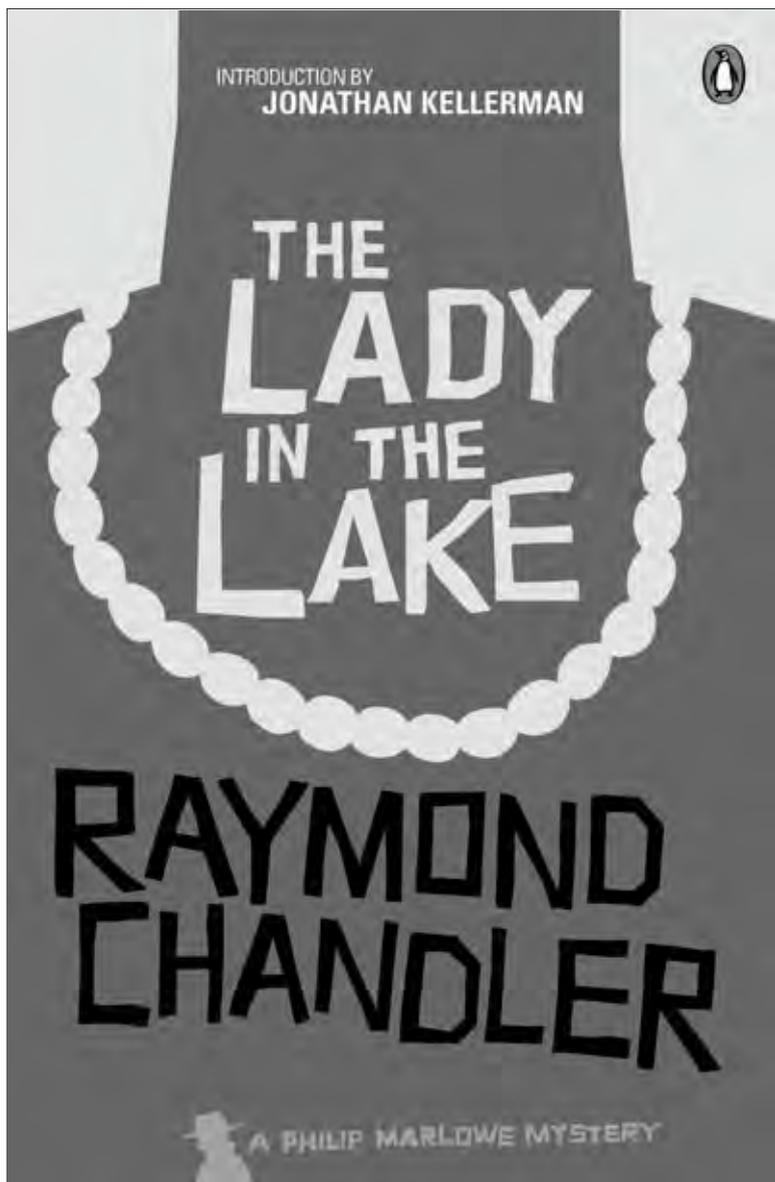


Cartel de la película *Adiós, muñeca* basada en la novela de Raymond Chandler, 1975

generación de Chandler), con que el novelista ata a su mítico detective. Para su fugaz contento y definitiva perdición.

12

Decía Marcel Proust, cuyo paquete accionario lectoral también va a la baja, que en todo Yo Escritural hay dos. El Yo Artista, misterioso, impenetrable, desconocido en su *fondo* por amigos, críticos, amantes; y el Yo Cotidiano, sujeto exterior; el que lleva un Diario, escribe cartas, desemboca en las Memorias. Etapa, esta última, terminal. No como pasó con Pedro Henríquez Ureña que, chavo, pensó al revés, atorándole, para abandonarlo para siempre, el género Memorias. De las que, acéptase ya, cabe decir que no narran lo que se vivió, bebió en muchos casos, sino lo que se recuerda (y la memoria es veleidosa cuando no olvidadiza) haber vivido, bebido si es el caso. Y vaya si Chandler bebió hasta que lo paró la hepatitis...



En fin, de ahí que se reconozca mayor veracidad —para no hablar de autoridad histórica—, a Diarios, Diarios, Correspondencias: testimonios a toro presente y no a toro pasado. Cuando, claro está, no devoran minuto a minuto el tiempo las 24 horas del día a día siempre insuficiente.

Recuerdo haberle sugerido a Juan Ramón de la Fuente, en el fuste de su complicada primera rectoría, llevar un Diario. Imagino que, en vano, lo intentó.

13

Aclaro, volviendo al tema, que en la pesquisa del porqué matrimonial, fundo al Yo Artista y al Yo Cotidiano del escritor estadounidense. Si bien, como veremos, el segundo madruga al primero.

*Raymond Chandler.* Nacido en Chicago, Illinois, el 23 de julio de 1889 (Leo por lo tanto), y fallecido en La Jolla, California, el 26 de marzo de 1959; trasladado por su madre, de ascendencia irlandesa, a Inglaterra; fun-

cionario del Almirantazgo; efectivo de la Primera División de la Fuerza Expedicionaria Canadiense que sirve en Francia hacia 1919, y piloto por poco tiempo de la Real Fuerza Aérea Británica; californiano por adopción; alto ejecutivo de compañías petroleras, hasta que ¡sas!, la economía yanqui hace ¡crac!; colaborador inesperado de *Black Mask*, *Dime Detective Monthly*, *Detective Story Monthly*, *Atlantic Monthly*, *Park East Magazine*, *GO*; afincado en Hollywood como guionista cinematográfico, escribe para Paramount, RKO, Twentieth Century Fox; autor, cómo negarlo, de una ristra de Clásicos de la Novela de Misterio —o de detectives o Policial pero no todavía Negra, o no tan negra, negra sangre, como saldrá de las manos de Ellroy—; *El sueño eterno*, *Adiós muñeca*, *La ventana alta*, *La dama del lago*, *El simple arte de matar*, *La violencia es mi negocio*, *El largo adiós*, *Una pareja de escritores* y, verdadero acertijo, laberinto, Waterloo de autor y personaje, *The Poodle Springs Story*. Inconclusa, desastre por donde se le vea. Asesinato de otro orden, el del Amor.

14

El viernes 2 de octubre de 1987, en el periódico *uno másuno*, texto enmarcado en un recuadro a fojas 28, reporté: “Ya prácticamente al final de su carrera, Raymond Chandler matrimonial al detective Philip Marlowe, soltero redomado. Elige, en aquel fantástico gineceo de su obra que los lectores paladeamos como pasajes de *Las mil y una noches*, a Linda Loring, personaje secundario de la novela *El largo adiós*. Hija del multimillonario Harlan Potter. Linda había estado casada con un médico tanto o más aburrido que Carlos Bovary. Marlowe, ¿quién lo pone en duda?, no es un cazafortunas. Apenas un Héroe Popular, una Leyenda ética, un Cruzado”.

En aquel artículo de un pasado que remeda pero en segunda mala versión el presente, añadí: “Chandler reúne narrativamente, conyugalmente, a Linda y Marlowe, en *The Poodle Springs Story*, novela a la postre inconclusa (de hecho, sólo conocemos un capítulo). Sabemos que casa al detective por sugerencia de un colega, un tal Maurice Guinness. Pero Chandler tiene sus reservas”.

No nos adelantemos.

15

Ya en el terreno sentimental, amoroso, que mezcla a los dos Yoes, el creador y el diario, al parecer, el asunto es netamente edípico. Raymond vive con su madre de hermoso nombre, Florence, el periplo Estados Unidos-Inglaterra-Estados Unidos. Cuando la madre muere en 1924, se casa de inmediato con Pearl Cecily Bowman; casi dos

décadas mayor que él; e igual número de veces casada. Figúrense que, mientras él, ya lo avanzamos, nace en 1889; ella, hácelo en 1871. Yo juzgo a Chandler un intelectual de tronío; pero no en el sentido “mediático” actual —ese “todopinar” cual “todoterreno”— que, conjeturo, terminará por desgastar el concepto; sino en el que nos regala Leonardo Sciascia: Intelectual, el que es capaz de inteligir la realidad. Realidad, añado, real y simbólica. Pues bien, nada intelectual era su esposa, su primera y única esposa; heredera en alguna medida de la finada Florence, no era intelectual. Ni pintaba ni escribía; si bien, de tarde en tarde, se sentaba, competente, al piano. Pero conocida como Cissy, Pearl resultó una joya. Cocinera genial; imperiosa; entrona. ¿Maternal?

Ni antes de su propio lazo conyugal, ni durante el matrimonio, ni en la viudez —Cecil, que llegó antes a la vida, también se adelantará a la muerte— Ray incurrió en el mariposeo erótico. Como, digamos, en México, con lo suyo de mito autopublicitario, José Vasconcelos y Alfonso Reyes. Y ya se sabe que el verdadero Don Juan no dice esta boca (la de ella, ellas mejor dicho) es, o fue, mía. En algún lugar, para seguir en los temas Novela Policial y Eterno Femenino, escribí: “*Crimen perfecto*. Ella, inocente, quitada de la pena, jamás descubrirá que es el amor de mi vida”.

Tengo fama, lo sé, de darle la lata, de meterme con Vasco. ¡Pero cómo se presta! Poderoso ministro obregonista, se sorprende que Tina Modotti, una mano adelante y otra detrás pero sin perder el encanto, apenas introducida al mercado mexicano por Ricardo Gómez Robelo, ¡le eche (o eso supuso) los perros!

Pero me salgo de madre. Prometo no volver a hacerlo.

## 16

¿Influyó en la decisión de Chandler, de casar (con s y con z) a Marlowe, de manera inconsciente, la enfermedad y muerte de Cissy? Pérdida dolorosísima. ¿Cómo acostumbrarse a la ausencia de Pearl, Joya de La Jolla? ¿Cómo aceptar aquella fecha fatal, 21 de diciembre de 1953? ¿Cómo sobrellevar tamaña desposesión, tan irreparable despojo? Y luego, esa asombrosa adaptación *post mortem*, extrañamente cotidiana, que amigos y amigas dan por supuesta y que se expresa de mil maneras, aquí y allá, en conversaciones en vivo, cartas, conversaciones telefónicas. *Showbiz* (editores, lectores, colegas) *must go*. *Life*, *demi life*, *demm life*, *must go*. Cartas, conversaciones, simples saludos y recatos; su reunión constituye un homenaje a quien de súbito falta pero poco a poco se afantasma; hasta, franca paradoja, aterra la sola idea de su reaparición.

Él solía llamarla “pájaro orgulloso e intrépido”. Cáliz de su devoción doméstica.

Homenaje: palabras depositadas al pie de la tumba. Escribe Ray a Leonard Russell, del *Sunday Times* de Londres: “He recibido muchos pesares y muchas cartas, pero la tuya en cierto modo habla de la belleza perdida en lugar de lamentarse por la vida relativamente inútil que sigue adelante. Dices que ella o era todo y más aún. Durante treinta años, ella fue el latir de mi corazón. Era la música que se oye levemente al borde mismo del sonido”.

Lo vivido día a día, mes a mes, año tras año hasta sumar treinta. ¿Lo escribo? Sí, lo escribo: el tatuaje bajo la piel. Las tardes, religiosamente, en la cocina. La convivencia durante la larga enfermedad, que adoptará el nombre, rótulo en llamas, de fibrosis pulmonar.

Escribe a Hamish Hamilton: “Durante treinta años, diez meses y cuatro días. Fue la luz de mi vida, mi única ambición. Todo lo demás que hice no fue más que fuego para que ella se calentara las manos”.

Escribe a una amiga y confidente, Helga Green: “Yo ya tenía la perfección. Me gustaba su brío. Era una tremenda luchadora. Enfrentada con una situación embarazosa o desagradable, se lanzaba de cabeza sin pararse un segundo a pensar. Y siempre triunfaba, no porque aplicara deliberadamente su encanto en un momento tácito, sino porque era irresistible sin saberlo ni importarle. Así que tuvo que morir centímetro a centímetro. Supongo que todo tiene que pagarse de algún modo”.

*Key words*: latir de mi corazón / luz de mi vida / música al borde mismo del silencio / morir centímetro a centímetro.

## 18

De Raymond Chandler podemos destacar, junto a su talento de cuentista y novelista, determinantes *per se*, y no en razón del género elegido, su radical congruencia. El Yo Artista y el Yo Cotidiano; pensamiento y vida; manifiesto y escritura. Las palabras de dolor, ausencia, amor vivo por la muerta, se las cobraron. Como comentario del personaje de *Salamandra* —la salamandra de Efrén Rebolledo—, “El poeta por el tropo muere”. Resulta que el aeda, boca fácil, jura que se ahorcaría con la trenza de la Musa. Ni tarda ni perezosa, la Musa se corta la crencha y se la envía, para que procediera en consecuencia, en hermoso estuche perfumado. Su catafalco. Raymond Chandler, por su parte, intentó suicidarse.

## 19

Episodio que suele cubrirse con un discreto velo. ¿Y cómo lo hizo? ¿Se arrojó al mar como Hart Crane? ¿O al



James Garner con Bruce Lee en la película *Marlowe*, 1969

modo de Seymour, Philip Seymour Hoffman, tocayo de Marlowe, genial actor en el camino sagrado de Orson Welles y Marlon Brando, Truman Capote redivivo? ¿Encerrándose, después de dejar en el camino esposa e hijos pequeños, malbaratar la gloria, uniformarse de barba y gorra desaliñadas? ¿Encerrarse, decía, frío, alevoso, en un sórdido tugurio neoyorkino, con una dotación de 50 dosis de heroína, de la que sólo alcanzó a consumir el 40 por ciento, pues lo encontraron mortalmente saeteado por la jeringa número 20? No, no. Lo de Ray fue menos categórico, más teatral. Y, en una perfecta congruencia de género, contamos con un reporte policial. Sopa de su propio chocolate.

20

Reporte policial. Fue el 22 de febrero de 1955. El escritor ya había dado a conocer su decisión a su cuñada, quien pasó sobre aviso a la policía de La Jolla. Tanto que un agente, cuyo nombre se guardó bajo reserva, al tercer aviso, acudió al domicilio de Raymond. Creyó disuadirlo. Hablaba con la hermana de Cissy, serían las 3:50 p.m., cuando oyeron dos disparos en el cuarto de baño, adonde corrió el policía. La cuñada paralizada con el Jesús en la boca. El policía encontró al viudo todavía inconsolable, sentado en el suelo de la regadera, con una pistola en el regazo, vestido de bata y pijama, calzando zapatillas. “Parecía hallarse bajo los efectos del alcohol”; solamente “se dispararon dos balas, que se in-

crustaron en el techo o en los azulejos de la ducha”. ¿Por fin? ¿El techo o los azulejos? Digo, por tratarse de un documento técnico.

Con la intervención de la hermana de Pearl y los amigos, se interna al escritor en un pabellón psiquiátrico y, poco después, en un hospital privado.

21

Imagino, sólo imagino ya que no obran en el expediente las cuestiones médicas debatidas en ambas instituciones. ¿Por qué lo hizo? ¿Tan brutal era el sentimiento de duelo, de pérdida? ¿La depresión, el alcohol? O más sofisticado: ¿el experimento, no de los crímenes que resolvía, sino de la muerte por mano propia? O, más sofisticado aún: ¿demostrarse que, solo, sin Pearl, sin el auxilio inveterado de ella, nada podía, ni siquiera suicidarse?

Pura especulación.

Lo incuestionable es que la profunda herida existencial cicatriza. Signo, uno entre otros, de la recuperación, en su correspondencia habla del intento de suicidio como “drama barato”.

22

Sobran testimonios sobre la mencionada recuperación del escritor. Hacia finales de 1958, informa, y no tenía por qué mentir, a su corresponsal Geenes: “me levanto

a eso de las cinco, tomo mi té, trabajo hasta más o menos las ocho y luego retorno a la máquina de escribir. El cuento avanza fatigosamente pero es probable que tenga que reescribir y afilar un poco. La idea central es demasiado seria para que me ponga sarcástico”.

Por la fecha, puede tratarse de “El verano inglés” o, lo más seguro, de “El lápiz”. Pero la adaptación a su nueva vida, la de viudo de Cessy, venía de tiempo atrás; empezando por la mudanza de Paraíso Perdido. Al arranque de marzo, escribe a un colega, William Campbell:

Ayer terminé la abrumadora tarea de sacar los muebles de la casa y dejarla cerrada para el nuevo propietario. Cuando recorrí las habitaciones vacías, revisando las ventanas y cosas así, me sentí un poco como si fuera el último hombre en el mundo muerto. Pero se me pasará. El miércoles me marché a Old Chatman, Nueva York, donde me alojaré en casa de mi mejor amigo y el 12 de abril me embarco en el *Mauritania*. Espero estar de vuelta hacia finales de octubre y encontrar una casa en La Jolla —mucho más pequeña, desde luego—, porque es un lugar tranquilo para vivir y aquí todo el mundo me conoce.

Abandonar la casa de las delicias cotidianas. Viajar a Nueva York, embarcarse proa a Inglaterra. Atlántico de por medio.

Está averiguado que el amigo neoyorkino se llamaba Ralph Barrow. E insisto en que su abordaje, por un joven curioso periodista sudamericano, décadas adelante celebridad Nobel, García Márquez, no debe parecer descabellada. El Chandler autor de *Adiós, muñeca*, entre otros *best-sellers*, no sólo era popular en La Jolla. Washington Square, insisto; o, concedo, algún paraje del Village. Espacios literaturizados, culturales, de la, De Hierro, Urbe.

Londres. La Jolla.

El autor, de regreso, ajusta su vida de viudo a una casa más pequeña, y reconoce ante su agente en Hollywood, H. N. Swanson, estar de nuevo “en circulación”, haber “endurecido”, confiar en que lograría sobreponerse a la muerte de Pearl. ¿Por qué, entonces, trastoca la endurecida y consuetudinaria soltería de Marlowe, señalado trofeo? ¿Por qué lo casa con Linda Loring, belleza sin duda y heredera, pero sinónimo de compromiso y sujeción?

23

En efecto, el autor no sólo se sumergía, tónico y disciplinado, en la sobriedad. Escritor del alba (y no hay luz más nítida que la eléctrica de las cuatro, cinco de la mañana, en medio de una oscuridad externa de noche final), afila “El lápiz” y se esmera, una jornada sí, otra también,

en un tema chandleriano por los cuatro costados: la salvación de un hombre que no merece ser salvado. Hablo de *El largo adiós*, hablo de Terry Lennox, desastre, bala perdida, borrachín, de amistades poco recomendables pero capaz de ganarse el afecto incondicional y osado, gratuito y gratis de Marlowe. Lennox, esposo cornudo de Sylvia, la verdad ninfómana, hermana de Linda.

¿Y acaso Philip Marlowe se quejaba de su soledad? ¿Ya no le bastaba el bar Victor’s, la compañía reservada del *barman*, agente de la más honda y desinteresada de las solidaridades, la de una trinchera, la barra, impenetrable a las fuerzas impías de la realidad? ¿Le arrebatara suspiros *Play it again, Sam*, escuchada accidentalmente de golpe —o, de vivir ahora, y en un viaje a Tijuana, conmoverse con Los Ángeles Azules en plan sinfónico, interpretando *Cómo te voy a olvidar* o *El listón de tu pelo*? ¿Le aburrían las partidas de ajedrez contra sí mismo, Marlowe *vs.* Philip?

En el mismo orden: no, no, no.

¿Entonces, concluida y publicada con éxito indudable, la novela *El largo adiós*, el viudo Chandler en plenitud, por qué la metida de pata de *The Poodle Springs Story*, que ni siquiera concluiría pero ataría de pies y manos, lazo invisible, al detective?

Lo anterior en flagrante contradicción del *curriculum vitae* de Marlowe y las expresas prescripciones del género publicadas por el autor.

24

Reza la Addenda número 4 de sus “Comentarios informales sobre la Novela de Misterio”, de 1949, categórica:

La trama amorosa casi siempre debilita el misterio, porque introduce un tipo de tensiones que son antagónicas a los esfuerzos del detective por resolver el problema. Complica la situación y, en nueve de cada diez casos, elimina, por lo menos, a dos sospechosos utilizables. El único tipo de trama amorosa eficaz es la que genera un peligro personal para el detective, pero que, al mismo tiempo, uno sabe que será episódica. Un buen detective nunca se casa.

25

En breve, un verdadero acertijo impone, Raymond, a los chandlerianos (ninguno en las filas de las nuevas promociones, tan de Conaculta para acá), el (mal) paso dado en su última, inacabada novela. Tanto que, ya lo avancé, sólo obra, en sus póstumos papeles, un capítulo (nada lucidor, por cierto, para el detective de fábula); papeles, por cierto, al cuidado del Departamento de Colecciones Especiales de la Universidad de California

en Los Ángeles. ¿No acabamos de imponernos de su sentencia de que “la trama amorosa” sólo cabe si “genera un peligro personal para el detective”, aunque el lector sabe, creatura instintiva, que se trata de un episodio, uno más del cuento o la novela? Porque un “buen detective nunca se casa”.

¿A cuenta de qué, entonces, la temeridad, la contradicción? ¿Pensaba mantener encriptadas (como se dice hoy) sus razones y/o impulsos profundos? Como si en el mundillo textual no todo acabara por saberse. Los resortes del briago de palabras James Joyce, del bala perdida Borroughs, del robachicos Tennessee Williams, del juglar Juan José Arreola, del mayestático Octavio Paz...

26

¿Estaba bajo de forma? ¿Tornaba la obsesión suicida? ¿Lo deprimía la sobriedad, que algunos juzgan Estado de Gracia? Para nada. Si en 1949, Cissy a su lado (ambos juntos, Adán y Eva sin descendencia), había escrito, agudo: “Es imposible que exista un arte sin gusto público, y no puede existir gusto público sin un sentido del estilo y la calidad presente en toda la estructura”. Advirtiéndolo, sin embargo, que semejante “sentido del estilo” parecía no tener que ver ni con el refinamiento ni, inclusive, la humanidad; de ahí que pudiera florecer en eras oscuras y salvajes; salvo una excepción. La era, en que él vivía, de la Coca-Cola, del libro del Mes y de la Prensa Hearst. Le doy la palabra: “...era cuya nota dominante es la vulgaridad eficiente, la lucha sin escrúpulos por el dólar, una era en la que la típica familia de clase media (en California, por lo menos) parece existir sólo para mantener un automóvil grande, vistoso y caro, que como obra de ingeniería es una basura pasada de moda”.

¿Fenómeno exclusivo, el anterior, al de la clase media californiana? No, tercio. También del México, su capital, de la posguerra, el México de la pachanga alemanista, tejida de transas de líderes sindicales, comisiones y “moches” entre los políticos, pavorosa confusión de lo público y lo privado. Aquellos Cadillac, De Soto, Packard surcando Insurgentes, la recién estrenada Avenida Universidad, Homero, Pilares...

27

Anotaba que si a los 61 años de edad, en el 49, exhibía lucidez, esta se mantiene hasta el final. Sobre la posibilidad de escribir sus memorias, reconoce que no intentarlo, como es su caso, “es una especie de egolatría inversa”. Esto es de 1954 (carta a Hamish Hamilton).

Sobre las simpatías y diferencias entre el inglés insular y el estadounidense, en papel de filólogo que aquí

exaltamos, apunta: “He estado intentando aprender el idioma inglés, que en la superficie es muy parecido al nuestro, pero en sus implicaciones es muy diferente. El nuestro, cuando no es demasiado profesional, es creativo, imaginativo, libre e incluso bastante salvaje. Algo así como el inglés de la época isabelina”. El inglés de Inglaterra, por el contrario, pecaba de “mandarín”; si bien, reconoce, empezaba a relajarse (afirmación en que alguien, el lector por ejemplo, podría encontrar el anuncio de los Barnes, Amis, McEwan, etcétera; el “dream team” inglés que tanto promovió, a través de *Babelia*, la industria editorial española). Esto es de 1957 (carta a Edward Weeks).

De 1957 es también, la reflexión toda miga sobre su carrera, el género de Misterio y el ser del escritor (carta a la confidente Helga Green). Entresaco:

- Aceptar un género mediocre y sacar de él algo parecido a la literatura constituye una hazaña [...] yo la hice respetable e incluso digna.

- Pero, qué demonios, ¿qué otra cosa puedes hacer cuando escribes? Haces lo mejor que puedes con el medio de que dispones.

- Yo tuve suerte [...]. Steinbeck y yo estábamos de acuerdo en que preferíamos ser un escritor de los que se recuerdan y respetan después de que han desaparecido, a ser un desconocido, quizá mucho mejor que cualquiera de nosotros, pero que no tuvo suerte... o le faltó empuje.

- El artista no puede negar el arte, ni desea hacerlo. Un enamorado no puede negar el amor. Si crees en un ideal, no es que lo poseas: él te posee a ti, y desde luego no quieres congelarlo a tu propio nivel por razones mercenarias.

En forma, pues, estaba. Y lúcido y estéticamente consciente. Y, en cuanto a la Perla de La Jolla, al muerto las coronas.

28

En realidad la cosa, el peligro, databa de *El largo adiós*. Sólo que los lectores, distraídos como estábamos con las venturas y desventuras (más las segundas) de Terry Lennox y su cara quirúrgicamente tasajeada, y el despropósito de Marlowe de salvarlo, no encendimos oportunamente la alarma. Además, Philip Marlowe, para 1953, año en que los editores Houghton Mifflin y Hamish Hamilton, publican la novela, era un perfecto personaje redondo, no plano (para utilizar las caterías del olvidado Forster). Al propio Ray debemos una completa biografía del personaje.

Algo enigmáticamente, informa que el detective surgió de las revistas baratas (cuna que a ver qué crítico se atreve a calificar de “vulgar”). Pero que, con el paso del tiempo,

del éxito, de una reputación ganada sobre todo entre “semi-intelectuales”, su carácter cambió, se volvió cohibido. Atrás quedó la costumbre de escupir, arrojando el gargajo lejos, “mientras hablaba con la esquina de la boca”. Signo, digo, más que de mala educación, de dureza.

Lo que no varió era la estatura, 1.80 m; ni el peso, 80 kilos; ni el castaño de ojos y cabello. Su encarnación (reencarnación) perfecta correría a cargo de Cary Grant.

Tampoco había variado, para 1953, ni el lugar de nacimiento, Santa Rosa, al norte de San Francisco; ni el paso rápido por la universidad; ni el mutismo sobre los progenitores y la carencia de familiares cercanos; ni un cierto *curriculum* como investigador, sucesivamente, de una compañía de seguros y la Fiscalía del Condado de los Ángeles; reservándose Chandler la noticia de las circunstancias en las que perdió el último empleo. Pero que uno puede suponer. Abuso, deshonestidad, violencia innecesaria, corrupción a flor de piel, de parte del fiscal.

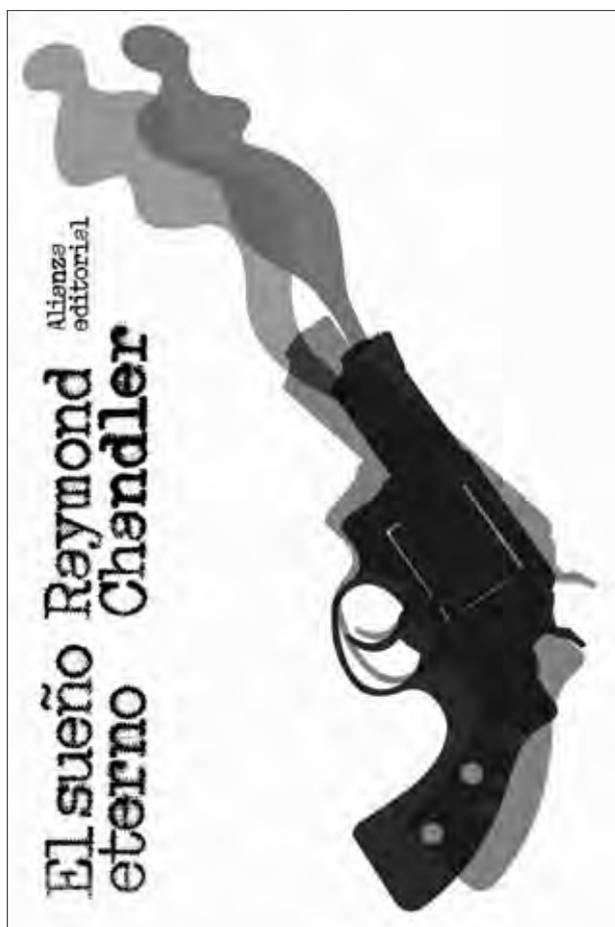
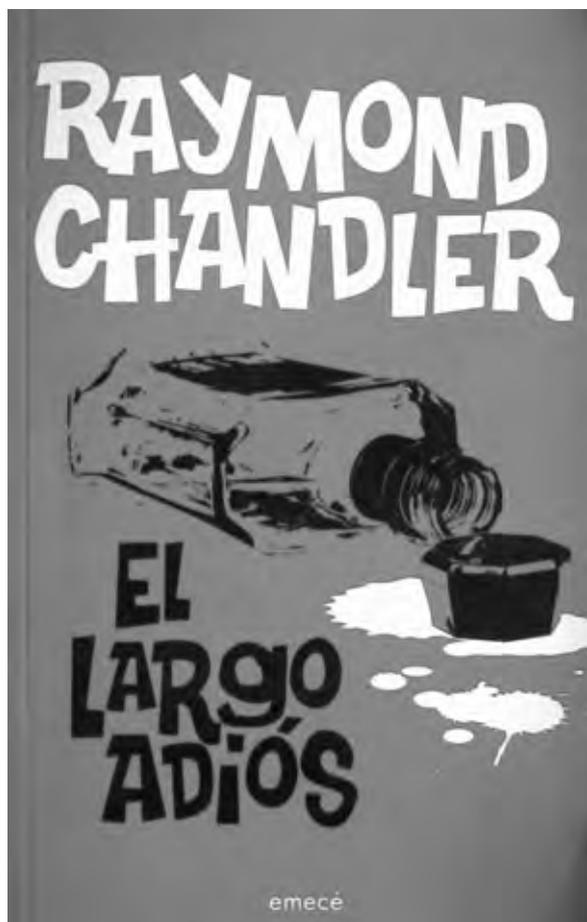
¿Sobre qué otras características, costumbres, manías de Marlowe, nos informa la obra chandleriana?

...que, para su escasa economía, el detective viste bien y como todo Dios en el sur de California, gasta lentes para sol; que su hábito de fumador consuetudinario pasa por la marca Camel y usa, indistintamente, cerillas de cocina o de caja (jamás de seguridad), mismas que “enciende contra cualquier superficie, incluyendo la uña del pulgar”; que bebe, indistintamente, ora *whisky* de centeno, ya *bourbon*, no aficionándose al *gimlet* sino al

conocer a Terry Lennox; que es, también, buen bebedor de café, ora con crema (jamás leche) y azúcar, o solo; que suele prepararse el desayuno, pero la comida y la cena las hace fuera; que, jugador constante de ajedrez, no por fuerza escape de la soledad, prefiere la escuela europea, y cuenta, en su modesta biblioteca, con un clásico sobre el juego impreso en Leipzig; que como cinéfilo que es, evita los “musicales” y admira a Orson Welles, si es que le dirigen “otros” (y podemos imaginarlo como incrédulo oyente de la mística emisión radiofónica con la que Welles y su Mercury Theatre hicieron creer a la audiencia la invasión marciana de la Tierra); que su oficina en un sexto piso consta de un área de recepción y su despacho, comunicado por un timbre que debe accionar el cliente, ante la ausencia perenne de secretaria (y vaya si Chandler tenía tela de donde cortar, en el tema fundamental de la secretaria, especie que me temo excede el feminismo, con los cientos de secretarías, maduras, jóvenes, que conoció en su etapa de exitosísimo ejecutivo de compañías petroleras) .

29

Por lo que toca a nuestro tema, el amoroso, su relación con las mujeres (el, dijimos ya, “gineceo” chandleriano), es el de un hombre maduro, vigoroso (esos 80 muscúlados kilos), prefiriendo en ellas el Chanel 5 y optando,



en él, por aromas secos, acres incluso, cual su personalidad. Pero sólo mariposeo: si estuvimos en el lugar de los lechos ya no me acuerdo, literalmente de entrada por salida. Hasta que apareció, misteriosa, despampante, de la alta, Linda Loring. ¡Dioses!

30

En aquel artículo del 2 de octubre de 1987, pasado inmediato que parece remoto, intitulado “Borrador del casamiento de Marlowe”, escribí: “Chandler reúne narrativamente, conyugalmente, a Linda y a Marlowe, en *The Poodle Springs Story* [...]. Sabemos que casa al detective por sugerencia de un colega, un tal Maurice Guinness. Pero Chandler tiene sus reservas”.

Vamos por partes.

Capítulo 22 de los 53 de que consta *El largo adiós*. Marlowe se dirige al Victor’s bar, primero entre los preferidos. Hora de la mañana. El lugar está tan silencioso que al cruzar la puerta casi se oye el descenso de la temperatura. Una desconocida ocupa un taburete de la barra. Detective Lince, anota mentalmente su belleza distinguida, que viste de negro con una tela sintética, “orlon” lo más seguro; que se afane en una copa de “color verdoso” en combinación con el jade de la boquilla; que su rostro, intenso levemente demacrado, enunciaba ora un temperamento neurótico, ora el “hambre de sexo”,

ora una drástica dieta. Primera, natural impresión (antes de que el deseo, los sentimientos, “editen”) que no cancelará ni noviazgo ni boda. Ordena un *gimlet*, doble, sin angostura. La desconocida, combinación irresistible de ojos negros y uñas de un rojo nunca visto por Marlowe, comenta, casi para sí, que pocas personas pedían esa bebida. Presentaciones: Marlowe, Linda Loring. Pero un comentario de Linda que debió de ponerlo en guardia: “Es usted un poquito sentimental, señor Marlowe, ¿no le parece?”. Pasan a una mesa. Más observaciones: guantes negros, bolso de ante del mismo color con cierre dorado; y unos pendientes y broche de esmeraldas tan auténticos que iluminan la semioscuridad del Victor’s.

31

Resulta que Linda era hermana de Sylvia, la esposa de Terry Lennox, a quien Marlowe había ayudado a escapar a México. Sylvia había sido brutalmente asesinada durante una de sus infidelidades. Y las sospechas recaían sobre Lennox.

32

En 1987 escribí que Chandler comentó, a la ya para el lector familiar Helga Green, las razones aducidas por



Humphrey Bogart y Lauren Bacall en *The Big Sleep*

Guinness, casamentero amén de colega; para, en nueva novela, matrimoniar a Marlowe con la Loring, divorciada de su pelmazo Carlos Bavary. En pocas palabras que la pugna entre lo que Linda, en busca de una vida intensa pero dispendiosa, querrá que haga Marlowe, y lo que este insista en hacer, funcionaría en la novela en proceso como un subtema excelente. Chandler, no obstante, advierte a su corresponsal de todas las confianzas, que Linda Loring, con todo y sus millones, no donaría a su marido. O el matrimonio duraría poco o ella terminaría por respetar la integridad del detective.

Pero para el 10 de febrero de 1958 la decisión ha sido tomada; decisión en la que, sospecho, como avisemos, uno de los dos Yoes le come el mandado al otro. Chandler escribe a Guinness que todo está listo; que espera no haberse equivocado en la elección de la mujer; que desde la perspectiva del escritor nada ocurriría si lo casara con “una buena chica y nada más”; que, en cambio, el antagonismo de las ideas producirá un enfrentamiento “entre diferentes personalidades y concepciones del mundo”. No faltará quien, usted mejor por ejemplo, rearguya que para conseguir un combate de personalidades e ideas, hasta de cuerpos, no era necesario el paso matrimonial.

33

En el primer tratamiento del tema, dadas las limitaciones de espacio periodístico, con ganas me quedé de transcribir la conversación de la heredera y el detective, frente a la mansión recién alquilada; si no en el estilo “simbolismo subfálico” con el que los decoradores Marcel y Jeanne Duhaux redecoraron la casa, obsequio del suegro, que acogió una de las reconciliaciones de Sylvia y Terry, sí excesiva. Llevaban tres semanas y cuatro días de casados. Por estar en los cincuenta, y la violencia en México no nos llegaba como ahora al cuello, dejando la que casi despobló Colombia en tiroteo de niños, la pareja lunamielera viajó, por fuera, a Acapulco, con Jackie y John Kennedy. Diálogo que me atrevo a someter a leve adaptación.

Había conducido la desposada, enguantada, claro, y tocada con un coquetísimo sombrero. Un Cadillac Fleetwood, poderoso de caballos, reluciente.

34

LINDA. Es una parte nueva de Springs, querido. Alquilé la casa por la temporada. Es un poco pretenciosa, pero todo es así en Poodle Springs.

PHILIP (*fingiendo contrariedad*). La pileta es demasiado chica (*trans.*) y no tiene trampolín.

LINDA (*eficaz*). El dueño me dio permiso para instalar uno. Espero que la casa te guste, querido. Tiene sólo dos dormitorios, pero el dormitorio principal tiene una cama de Hollywood. Parece grande como una cancha de tenis.

PHILIP (*bromista*). ¡Qué bien! Si no nos llevamos bien juntos, podemos mantenernos lejos.

LINDA (*montada en su discurso*). El baño es una maravilla, una verdadera maravilla. El cuarto de vestir contiguo tiene una alfombra rosa de pared a pared en que te hundís hasta los tobillos. Sobre tres estantes de vidrio grueso, puedes encontrar todos los cosméticos que se te ocurran. El inodoro —si me permites que sea prosaica— está aparte en un nexo con puerta propia, y hay una enorme rosa en relieve sobre la tapa del inodoro. Todos los cuartos de la casa dan a un patio o a la pileta.

PHILIP (*sarcástico*). Ardo en impaciencia por darme tres o cuatro baños. Y luego irme a la cama.

Etcétera, etcétera.

Me disculpo por “pileta”, 2 veces; “hundís”; “inodoro”, dos veces; pero me valgo de una traducción argentina.

35

*The Poodle Springs Story* quedó en veremos. Dejo al lector la arqueología de sus ruinas. El choque, en lo doméstico y en lo profesional, de personalidades e ideas. La casona rentada, que “hedía a decorador”, los planes de Linda para la construcción del nido definitivo. El silencioso, cual serpiente, mozo de todas las absolutas confianzas de Linda, mitad hawaiano y mitad japonés. El inevitable perro Poodle. La indudable pasión que une en la cama campo de tenis a la dispareja pareja. La búsqueda de Marlowe de una oficina modesta, pero transportándose en el Cadillac Fleetwood. En el nuevo terreno, los encuentros/desencuentros con la policía. Los rumores y las expectativas sobre el poderosísimo suegro. La irrupción de la delincuencia, de la que había escrito en *El largo adiós*:

Tenemos mafias y sindicatos del crimen y asesinos a sueldo porque tenemos políticos corruptos [...]. Somos un pueblo grande, primitivo, rico y desenfrenado y la delincuencia organizada es el precio que pagamos por la organización. Vamos a tenerla mucho tiempo. La delincuencia organizada no es más que el lado sucio del poder adquisitivo del dólar.

Hoy por hoy le sorprendería la conversión de la clase política, antes instrumental, ganada por la co-

rrupción, en poderosa delincuencia organizada. Una más, junto a los sindicatos del crimen y los asesinos a sueldo.

36

No que no se esmerara, echara los kilos al mecanoescribido; investigara, reflexionara. Sobre la casa que compartiría el flamante matrimonio, escribe a Helga en 57: “x posee una de esas casas ultramodernas, deslumbrantes, con toda clase de decoración interior, y yo quería utilizarla para mi próxima novela de Marlowe”; y, en 1958: “He empezado *La historia de Poodle Springs* y he resuelto la difícil tarea de meter una descripción bastante completa de la espantosa casa”.

Y sobre las nupcias, en 1957 informa a la Green: “Lo voy a casar con la chica de ocho millones de dólares de *El largo adiós*”; y en 1958, al embaucador Maurice Guinness, informa que ha dejado al detective en situación matrimonial, aclarando sobre la novela en proceso pero a la postre abortada, que a Palm Springs lo llama “Poodle Springs”, toda vez que de cada tres que ahí viven, uno tiene un perro de lanas.

Y cumple su palabra, en cuanto al casamiento y al juego de palabras del título: Palm, Poodle.



Raymond Chandler

¡Matrimoniar a Philip Marlowe, el duro, el ascético, el espartano, el solitario hecho y derecho; único tripulante en el bajel de su vida sacrificada y justiciera! Es como, comparo, si al final de la película *Picnic*, ese THE END que a los adolescentes de los cincuenta del pasado siglo nos dejó con los ojos de lágrimas inundados, William Holden y la Diosa pueblerina Kim Novak, hubieran marchado, en vez de a sus Soledades, al Registro Civil. Como si el Rey King Kong y su deliciosa cautiva hubieran consumado las primeras nupcias zoofílicas en la historia de los dos Reinos. Como...

37

Testamento de Chandler:

Pero, a decir verdad, un tipo como Marlowe no debería casarse porque es un hombre solitario, pobre, peligroso y, a pesar de todo eso, simpático, y parece que nada de esto pega con el matrimonio. Creo que siempre tendrá una oficina bastante mugrienta, una casa solitaria, bastantes amoríos pero ninguna relación permanente. Creo que siempre le despertará a horas intempestivas alguna persona intempestiva para encargarle algún trabajo intempestivo. Me parece que ese es su destino. Tal vez no sea el mejor destino del mundo, pero a él le cuadra. Nadie lo derrotará jamás porque es invencible por naturaleza. Nadie conseguirá hacerlo rico, porque está destinado a ser pobre, [...] Lo veo para siempre en una calle solitaria, en habitaciones solitarias, desconcertado, pero nunca derrotado del todo (*traducción de Juan Manuel Ibeas*).

No conozco un homenaje semejante de un autor a un personaje.

38

Sobre un colega sesentón, comenta Raymond Chandler lo siguiente. Es probable, dice, que en un sentido convencional tenga muchos amigos. Pero ni en lo individual, ni en lo colectivo, encienden “una gran hoguera nocturna para él”. ¿De eso se trataba, de la nostalgia irrefrenable, secreta, inconsciente, de la hoguera doméstica que le encendió noche con noche Pearl Cecily Bowen, Cissy? ¿De su arrasadora nostalgia? ¿De una transferencia? ¿Imaginó a Linda aprendiendo a cocinar, a Marlowe acompañándola en una cocina como un estadio? ¿A ambos, si no escuchando como él lo hacía con Cissy, los conciertos de la BBC de Londres, sí pasándose por las armas policiales series televisivas? Como Ulises, aburrido, de regreso, al lado de Penélope. De ser así, el Yo Cotidiano le jugó chueco al Yo Artista. **U**